

# LA HORA DEL PAPAMOSCAS



Ramón Lozano

«Estaba más nervioso en el momento  
de salir en libertad condicional  
que el día en que había entrado allí, mucho tiempo atrás.  
Me consolaba pensar que, aunque lo negasen,  
aquella era una aprensión común entre los presos  
para quienes el mundo exterior se había vuelto  
más impreciso con el tiempo».

EDWARD BUNKER,  
*No hay bestia tan feroz*

«A los listos y a los tontos  
los engaño de verdad.  
Porque no es el Papamoscas  
el que solo hace la fiesta».

CANCIÓN POPULAR

«Era, en fin, algo así como una excepción  
a la regla general, que supone que tanto  
la belleza como la fuerza deben  
ser el resultado  
de la armonía».

VÍCTOR HUGO,  
*Nuestra Señora de París*

# PARTE I

# 1

La libertad estaba bien, sí. De lo poco que se podía decir que no veía sobrevalorado. Y eso que llevaba unas cuantas horas malgastadas, pasando los minutos, disfrutando su nueva condición.

El aire parecía más puro, incluso, aunque apenas estaba a unos kilómetros de su lugar de residencia habitual durante los últimos años, rodeado de campo, de edificios aislados construidos en pleno auge inmobiliario, algunos chalés adosados y un polígono industrial en el horizonte.

Palpó los bolsillos y escuchó que aún tenía algo de calderilla. Las tragaperras se habían apiadado de él. Hasta había cantado una línea y un bingo. El premio lo cobró íntegro; nada de dejar propina a los camareros. Cuando llegó la chica con su uniforme, que la distinguía como trabajadora del local, y una bandeja con un ticket, unos billetes y un montón de monedas de euro, no dudó en hacerse con todo. La miró fijamente y ella no tardó un segundo en desistir de su atraco legal. A algo así debería dedicarse, pensó. A dar unos cuantos palos cada noche bajo el amparo de la sociedad ludópata.

Lo demás se lo había bebido. Y con los precios de risa del bingo podía presumir de su primera borrachera en mucho tiempo. Maldito pacharán.

Sin soltar su bolsa, enfiló la calle que partía la ciudad y que comunicaba su barrio con el centro. El viento de cara, siempre el maldito viento, evitó que notara los efectos del alcohol. A lo lejos divisó luces azules. Inequívocas. Y humo. Aceleró el paso y cruzó la zona minada de guardiaciviles y militares que separaba Gamonal de Burgos.

A juzgar por el número de maderos y de vehículos policiales, se estaba liando gorda. Quién le iba a decir que su barrio le iba a recibir así. Ardiendo. En pie de guerra. Sintió cierto orgullo de barrio, como si aquello, de alguna manera, estuviera conectado con su pasado. Como si los encapuchados que veía arrojar objetos a la policía conocieran su nombre. O su apodo. Como si tuvieran la más mínima noción de quién era él, el tipo que partía el bacalao en la Volta. Miró a su derecha y solo vio un garaje y un supermercado. Ni rastro de la discoteca. Pero eso ya lo sabía. Había cerrado sus puertas mucho antes de entrar en el trullo y se maldijo por ceder a la nostalgia. No llevaba ni un día libre y ya se comportaba como un estúpido.

Decidió caminar rápido y apreciar la acción de cerca antes de que a los jóvenes que la estaban preparando les diera por abandonar la fiesta.

La calle estaba tomada por dos facciones: unos, encapuchados; los otros, protegidos por sus cascos y la ley. Tenía claro con quién iba. Los periodistas se movían pegados contra los portales, donde permanecían algunos vecinos reacios a presenciar el espectáculo desde sus balcones. Eso para los gallinas.

Parecía que la situación se estabilizaba; que los que habían decidido que la calle era suya tomaban aire y pensaban su siguiente movimiento, y que los que querían que todo volviera a la normalidad se conformaban con esperar a que los problemas se disiparan, como el humo que salía de algunos contenedores que empezaba a ceder. Pero los jóvenes —sus ojos los delataban— volvieron a la carga. En unos segundos, varios contenedores constituyeron una barricada. Dos parpadeos más tarde estaban envueltos en llamas.

Y los polis comenzaron a avanzar, porra en mano, protegidos por sus escudos. De detrás de la línea de fuego les llovieron piedras y, aunque tuvo más cuidado, la pasma siguió su camino.

Aquello tenía mala pinta.

Para todos. Primero, para los espectadores, que habían quedado detrás de la línea policial y los proyectiles no distinguían. Segundo, para los polis, enviados a apaciguar algo para lo que solo están preparados los antidisturbios, y estos no lo eran. Y, tercero, para los alborotadores, que salieron por patas para ganar unos cien metros y tener tiempo así de preparar otra barricada y buscar escapatorias para cuando llegara el momento.

—¿De qué va esto? —preguntó a un hombre que observaba la acción desde el borde de la acera con cara de apoyar la lucha callejera.

—Un parking que nos quieren hacer por cojones. —Su rostro, inexpresivo, le incitó a explicárselo—. Y no estamos de acuerdo, porque mire lo que pasó en Eladio Perlado, que se caían las casas. Y, además, piense en las tiendas. Como les metan unas obras delante, con lo que llevamos de crisis, lo van a tener crudo.

Lamentó que eso fuera todo. Esperaba que se tratara de algo más complejo, de una rebelión en toda regla, de una derivación de eso que habían llamado el 15M y que algún compañero de ala había celebrado. Pero montar todo eso por un aparcamiento... Bueno, seguro que tendrían sus razones, pensó. Nadie era tan tonto para comerse unos cuantos porrazos por gusto. Porque ese era el final de aquellos chicos, que no se engañaran. La poli siempre gana, incluso cuando no tienen pruebas ni son capaces de descifrar cómo se han producido los hechos. En última instancia, algo se sacan de la manga que jode a los de siempre. A los chavales del barrio. Y esos no iban a ser la excepción.

Ya había visto demasiado. Si se acercaba más, los maderos se iban a mosquear y es lo último que deseaba.

Enfiló su calle, la de toda la vida. Con los negocios con los que había crecido. Donde compraba el periódico. O donde tomaba el

café. Incluso donde dio algún palo, al principio, cuando le daba pereza caminar medio kilómetro para desvalijar una caja registradora, no más. Qué gilipollas. Avanzó por las aceras desérticas. La acción estaba en la paralela. Se cruzó con cuatro personas y las cuatro iban concentradas en llegar a casa, a paso ligero. Posiblemente ni le vieron. Un tipo maduro con una bolsa al hombro, de noche, observando cada baldosa, cada árbol, cada comercio. Como si, efectivamente, llevara un tiempo alejado de la sociedad. Vio un supermercado que no sabía ni que existía, una papelería con un cartel iluminado de un naranja chillón que incitaba a reventarlo con una pedrada y un parque insulso donde antes hubo una fábrica.

#### Demolida.

Le vino a la mente su sonido. Tuvo que oírse en media ciudad. Bum, bum, bum. Y medio siglo de vida se vino abajo. Todo programado, sin daños, solo mucho polvo, el ruido justo y la constatación de que en ese momento, a mediados de los años noventa, su infancia y su juventud quedaban enterradas en ese paraje. Nunca antes lo había pensado, pero podía ser el punto de inflexión en su vida. Por buscar una fecha. Antes todo fluía. Después subió de nivel y el riesgo se multiplicó. O quizás la fecha tuviera que ser la de la primera vez que se reunió la banda. Sí, tendría más sentido. En cualquier caso prefirió seguir sentado en un banco moderno, de madera, infinito, desde el que contemplar aquel engendro de parque hormigonado con algún retazo verde. Mejor eso que subir a casa. Tenía las llaves. Y su padre no estaría.

Era viernes y pensó que no sería difícil encontrar un bar donde tomar la última.

Algunos de los garitos de siempre habían cambiado de nombre y hasta de aspecto. Oteó dos desde fuera y no le gustó lo que vio: locales impersonales y vacíos. Siguió caminando y un grupo de chavales de los que estaban armándola en la calle Vitoria casi le arrolla. Huían y, al pasar delante de él, empezaron a desperdigarse

y a librarse de las bufandas, bragas y capuchas que los identificaba como causantes de los destrozos.

Encontró un bar que aún mantenía el nombre y, aunque se había renovado, guardaba la esencia del siglo pasado. Y tenía parroquia fiel. Contó diez personas, todos hombres, apoyados en la barra. Ninguno hacía aprecio a las sillas y sus mesas de madera a juego. Buscó un hueco y la camarera ya estaba delante de él cuando pensó qué le apetecía. Quizá una cerveza. No, mejor un pcharán, por no mezclar.

Mientras el vaso de tubo se ponía colorado hasta la mitad posó la bolsa en el suelo. Fue entonces cuando lo vio. Él también lo divisó. Una rápida mirada, fugaz, pero lo suficientemente intensa como para que el tipo se retorciera en la barra para mostrarle tanta espalda como tenía. Mala suerte haber escogido el final del bar. Casi se le escapa una sonrisa. Solo tenía el baño como escapatoria momentánea, porque lo de los servicios con ventana por la que trepar y escabullirse solo ocurría en las películas y en algunos bares de carretera. Este no lo era.

Hizo memoria para recordar el nombre. Algo que sonaba a rumano. Aunque era de la tierra. Otro habitual de la Volta, de La Pécora y del Torrington. Por este orden. Locales que estuvieron de moda y en los que coincidió de jueves a sábado con lo más canalla de la ciudad durante décadas. Qué tiempos. Recordó a algunas chicas y a colegas con los que se lo pasó muy bien. Demasiado. Y de los que nunca más supo. O que no sobrevivieron al jaco. De todo hubo. Y ahí tenía a uno de esos tipos con los que había tirado noches enteras. Conversaciones de filosofía primaria, tías, palos, drogas y algo de fútbol, y muchos litros para entonarse. Petro, de Petronilo, creía. No era mal tío. Nunca lo había sido. Ni siquiera, recordó, era uno de ellos, de los duros, sino que se les juntaba por fardar o porque no se le ocurría nada más, quién sabe.

Después de mucha farra, dejó de verlo un tiempo. Pero regresó al barrio antes de comerse sus once años y medio de chirona.



Jamás supo a qué se dedicó. ¿Curro en una fábrica? Podría preguntárselo. Lo sopesó. Por su aspecto, cualquier cosa, pero no le veía más que la espalda, los hombros y una pizca del cuello. Apuraba su caña, que no soltaba. No sabía si se atrevería a dejarla sobre la barra y cruzarse con él para alcanzar la calle, pero prefirió tomar la iniciativa. Que no se dijera.

Abandonó su posición y se dirigió con parsimonia, ahora sí con una perceptible sonrisa, hasta la esquina donde se refugiaba Petro. Estiró la mano libre y le tocó en el hombro. Con un cohete bajo el culo, Petro hubiera saltado menos.

—¡Hombre! —Fue todo lo que articuló el pobre.

—¿Cómo te va, Petro?

—Bien. Bueno, me va, que ya es algo. —Guardó silencio un par de segundos y arrancó titubeando—: ¿Tú qué tal?

—Ya ves —respondió lacónico—. Tampoco me quejo.

Llamó a la camarera y pidió otra caña para su amigo y otro pacharán para él.

—No hace falta, Martín, si yo ya me iba.

Martín no dijo nada. Solo lo miró. En silencio. Ahora sin sonrisa.

Vio cómo Petro agachaba la mirada y la cabeza, como en un pack de sumisión, vergüenza o miedo, y aceptaba su destino. En manos de Martín.

La camarera regresó con un vaso que chorreaba espuma y otro estilizado con dos hielos y pacharán hasta la mitad.

Martín sacó unas monedas del bolsillo y las dejó rodar por la barra sin perder de vista las tetas de la camarera. Ella las cogió, las contó y le indicó que faltaba medio euro. Martín volvió a meter la mano en su pantalón y solo dio con un euro. Se lo tendió y le exigió unas patatas fritas de bolsa para empapar el alcohol.

—Venga —animó a la camarera.

Petro se apoyaba contra la pared y parecía de la misma altura que Martín, aunque debía de sacarle una cabeza. Para la época, de hecho, era alto. Eso le trajo a la memoria que Petro era de los

que hacían sus pinitos con el baloncesto y el voleibol, aunque no dejaba de ser un canijo para estos deportes. Pero en Burgos tampoco había mucho donde buscar y Petro era coordinado. Hasta que cogió cierta edad y todos los vicios que la democracia traía a los españoles.

—¿Cuándo has salido?

Martín consideró la pregunta, no por su complejidad, sino porque Petro se había armado de valor para plantearla y ya se había bajado media birra.

—Hoy. Y cómo han cambiado las cosas...

—Sí, mucho. Son tiempos de cambios. Y la crisis, ya sabes...

—No soltaba el vaso, que agarraba con ambas manos. Con los índices tamborileaba en el borde del cristal—. Aquí no se ha salvado nadie. El barrio no es lo que era. Muchas fábricas se han ido a la mierda y lo hemos notado. Pero tiramos para *alante*. Qué remedio. Todos tenemos que hacerlo.

—Y tenemos el barrio ardiendo.

—Sí, bueno, no sé ni cómo hemos llegado a eso. Pero, claro, querían hacer un parking ahí en medio y quitar un carril y aparcamientos en superficie. Una barrabasada.

Pues sí, porque ¿para qué hace falta un parking subterráneo cuando la costumbre es aparcar en doble o triple fila, y nunca ha habido problemas? Eran ganas de tocar las narices. Y nadie podía asegurar que quedara mejor.

Tocaba presionar un poco, que Petro se estaba relajando mucho. Y ese no era su estilo. No era, de hecho, el estilo de ninguno de los dos. *Statu quo*. Lo había leído en la cárcel. Allí había tenido mucho tiempo y, por una vez, lo había empleado bien; casi consigue que le pongan a currar en la biblioteca. Pero alguien se acordó de lo que le había metido tras las rejas y decidió que seguro que había otro más apropiado. Lo hubo. Durante seis años.

—Oye, Petro, ¿por qué me esquivabas?

—¿Eh? No. No te esquivaba —decía a la vez que movía la cabeza de lado a lado para dotar de veracidad a su negación.

—No me mientas —dijo Martín muy despacio, añadiendo amenaza a cada sílaba.

Petro se refugió en su bebida. Martín no apartó la mirada.

—¿Me tienes miedo?

Petro levantó la cabeza a duras penas una vez que no le quedaba ni una gota de cerveza.

—Es solo por lo del Gallego. Lo que se dice por ahí.

—Y, ¿qué se dice? —preguntó Martín, que ya sabía la respuesta.

Petro tragó saliva. Sus ojos se abrieron aún más.

—Que fuiste tú —pronunció con cautela, como si Martín fuera a sacarse una pipa o una navaja y fuera a destriparlo ahí mismo, delante de una decena de clientes que debatían sobre el incendio de contenedores y la actuación policial.

—¿Que fui yo el que qué? —insistió.

—Ya sabes. El que lo mató.

Sí, ya sabía. El Gallego había aparecido asesinado, en Soria, muy cerca de la ciudad, junto a una vía de tren abandonada. El cuerpo ni siquiera estaba completo. Descuartizado. Y quemado. Totalmente irreconocible. Sin dientes. Sin manos. Un crimen horripilante, según la prensa. Un ajuste de cuentas, según fuentes policiales. Y una identificación solo posible por las ropas y por una confluencia de constelaciones. Todo eso ya lo conocía, pero ¿qué podía aportarle Petro? ¿Hasta dónde llegaba la historia?

—¿Y? —le dijo para sonsacarle algo más.

—Y que... —dudó si era prudente seguir hablando, pero contempló a Martín y consideró que era más arriesgado reservarse algo— que comentaron que justo estabas de permiso. Ya sabes.

## 2

Se acordaba. Vaya si se acordaba del día. Y sí, estaba de permiso extraordinario. El tercero que lograba desde su ingreso en la cárcel. Y todos por tragedias: la muerte de su madre, la de su hermano mayor y la hospitalización de su padre en la UCI por un accidente de tráfico. Esa fue su coartada: su visita a «las trescientas camas». Porque le interrogaron. Por supuesto que lo hicieron y le apretaron todo lo que pudieron. Qué casualidad que saliera unas horas del trullo y su antiguo compinche fuera asesinado, le dijeron. Y no pudo más que darles la razón y aferrarse a su desgracia familiar —aunque su padre acabara recuperándose— y a la inexistencia de algún registro de que se hubiera movido de Burgos. Ni había comprado un billete de autobús ni se le podía relacionar con nadie que lo hubiera acercado en coche a Soria. No había nada, absolutamente nada.

Y así lo vieron los agentes que llevaban el caso. Todo circunstancial. Cero pruebas. Aunque le hubiera dado tiempo a visitar a su padre, dejarse ver por el hospital, viajar hasta Soria para acabar con el Gallego y regresar a tiempo a la UCI, aparentar normalidad y entrar triunfante en el centro penitenciario. A esa conclusión llegaron los de Homicidios.

De ahí no pudieron pasar. No tenían evidencias de que hubiera pisado la estación, ni de que se hubiera encontrado con amigos, ni mucho menos que supiera conducir, ya que jamás se sacó el carné. ¿Para qué? Lo importante era saber manejar un vehículo, no demostrarlo. Y él con doce años ya se marcaba *rallies* con los tractores del pueblo cuando Carlos Sainz aún seguía dándole al Scalextric.

Esa noche respiró tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Tenía motivos de sobra; pero, a grandes rasgos, por la muerte del Gallego y por haber salido indemne de la investigación.

Aunque todo tiene su precio. Aquel episodio le costó olvidarse de lograr el tercer grado. De segundo grado a libertad condicional por haber cumplido con todos los requisitos, incluido más del porcentaje de condena necesario. Pero no se quejó. Haciéndolo no iba a mejorar la situación y podía tragarse unos años más a la sombra. No era plan.

Que el Gallego hubiera desaparecido no quería decir que no tuviera trabajo que hacer, porque en la banda eran cuatro. Uno, en el trullo; otro, en el instituto anatómico forense, y dos libres. No le convenía la cuenta. Él era más de ecuaciones y en la que manejaba entraban otros factores como que él había sido el único encarcelado y que se había comido la condena a pulso, sin rechistar. Un tiempo que nadie le devolvería. Dos familiares fallecidos en el ínterin.

Qué distinta hubiera sido la historia si alguno de los tres hubiera cantado... O de los dos. Si uno solo se hubiera ido de la lengua ante la madera. Otra historia. Ni mejor ni peor. Otra historia. Más justa, aunque no hubiese evitado ocupar una celda durante un tiempo.

Así que alguien más tenía que pagar por aquello. La traición había sido doble: falsa acusación y luego silencio cómplice. Entre amigos.

Solo de pensarlo se le amargaba el chato de vino que sostenía entre las manos. El único tipo en la alargada barra de lo que en

otra época fue un bar cargado de humo y de rostros curtidos. Cómo habían cambiado los tiempos... Tenía razón Petro.

Se consoló pensando que el mundo está lleno de traidores, que la humanidad se ha levantado sobre la traición. Calculó que el ochenta por ciento de los libros que había sacado de la biblioteca de la cárcel hablaban de ello. Traición. Traición. Traición. Entre los reos la proporción descendía, pero había casos sangrantes como el que le contó un compañero de ala con el que le gustaba conversar.

—Conozco un colega al que acaban de enchironar por confiar —empezó la historia—. Por confiar en el tipo equivocado, claro está. A un tipo al que llaman el Quinqui y del que nadie sabe nada, al que nadie ha visto por la zona, que llega de repente sin pasado; de un tipo así lo mejor es huir y andarse con los ojos bien abiertos.

—Toda la razón —respondió Martín.

—Pues mi colega se confió, empezó a tratar con este Quinqui y, al medio año de estar trapicheando, llega un día en que tienen que entregar una mercancía. El Quinqui no aparece puntual en el taller donde ha quedado con mi colega. Este se preocupa y piensa mandar todo a la mierda, salir con la merca por patas, porque vale una pasta, pero se dice «¿cómo coño me va a dejar vendido?» y se convence de que el Quinqui suele llegar tarde a todos los sitios. Así que aguanta. Teme llamarle por teléfono, por si lo tuviera pinchado, por si el Quinqui fuera a encabronarse, por cualquier movida... porque el tío parece que tiene un carácter de aúpa. El caso es que no lo hace y sigue esperando. Una media hora. Y cuando va a desistir, aparece un tipo en el taller. Mi colega se caga, no sabe de qué va aquello. El tipo no parece estar perdido, ni mucho menos. Le dice que es el comprador, pero mi colega no conoce al comprador. Eso era cosa del Quinqui. Mi colega se hace el remolón, como si no supiera de qué le habla. Pero el otro insiste y le deja claro que le conoce, hasta le llama por su nombre y le muestra el dinero que lleva en una mochila. Así que mi colega admite que tiene que ser así y que mejor cerrar el trato, no vaya

a ponerse la cosa chungu. Y ¡pam! Era la pasma. La puta pasma. Antes de pensar qué sucede, ya tiene a cinco polis encañonándole como si fuera un criminal, como en las pelis.

—Bonita historia.

—Bonita y una mierda. Pero es la vida. ¿Y quién le jodió? Está claro. El Quinqui. ¿Por qué? Pues no lo sabemos. Pudo ser para quedarse con el negocio al completo, o porque es un confite, o porque no se le ocurrió otra manera de quitarse de en medio. Y el caso es que mi colega entró en el trullo y este sigue por ahí alardeando de coches y de pibas. La traición está a la orden del día.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Para que veas que no eres el único. El Papamoscas no es una excepción, sino otra víctima más. Por eso es bueno que sigas leyendo, porque todo está en los libros.

El tipo tenía estudios —y malas compañías— y se le notaba al hablar. Sabía lo que decía. Y había tenido suerte de que él, Martín, el Papamoscas, se hubiera calmado en la cárcel, porque esa conversación moralizante en otro momento, en otro tiempo, hubiera acabado con un par de pinchazos. Mínimo.

Estuvo bien hacerse amigo suyo. Él ya estaba con el tercer grado, trabajando en un taller y conocía a mucha gente. Gente que a su vez conocía a más gente. Y así sucesivamente.

«En unas semanas te servirán de mucho», le había dicho hacía tres meses, cuando parecía que la libertad no terminaría de llegar nunca. «Siempre y cuando pretendas seguir por el mismo camino de siempre: el malo».

Sí, lo pretendía. Pero con más cabeza, que la edad no perdona y aporta experiencia.

Paseó por el centro de la ciudad. Hacía fresco, aunque el cielo estaba despejado. Era sábado y las calles de tapeo bullían. Se introdujo por una de ellas, con corros a ambos lados, porque todo eran bares. La mitad ni los conocía. De los clásicos no permanecían más que tres o cuatro y también estaban hasta arriba. Sonrió al echar una mirada en uno de ellos; nada había cambiado. Su

piedra cubierta con bufandas, camisetas y pósteres del Athletic aportaban el envoltorio perfecto a las banderillas y capataces de su barra de madera. Pidió uno. El sabor era el mismo, aunque la navaja le pareció más pequeña, como si hubiera menguado al mismo ritmo que la clientela del local. Ya no se llevaban los pinchos de toda la vida, observó. Enfrente había cola para entrar en un bar que debía de ser la leche por como se acercaban grupos y parejas de todas las edades, miraban a través de la puerta y ponían una mueca de disgusto por tener que irse de tapeo a otro sitio, con sus gafas de sol, sus chaquetas a la moda y su calzado lustroso. De todos esos desertores del garito de moda, ni uno reparó en la taberna en la que Martín apuraba otro chato.

Salió de allí, cruzó una calle y, al atravesar un arco, se topó con una plaza viva. Y era mediodía. Otra cosa más que había mutado. La hostelería lo había invadido todo. Hasta las zonas de fiesta. Siguió su ascenso hacia la parte alta y en tres minutos había llegado a su destino: otro bar que le iba a dejar olor en la ropa para todo el día y, esperaba, unos cuantos euros.

Abuelos pegados a sus vasos y a las barras que los sostenían lo miraron con el desdén reservado a los forasteros. En su vida había entrado en ese bar. Las faldas del castillo nunca había sido la zona por la que mejor se había movido, aunque conocía todos los recovecos y los rincones más propicios para trapichear, apalear a un imbécil o liarse con una tía. La calle es de todos.

Tras la barra había dos tipos con camisa blanca y pantalón negro. Uno de su edad, más o menos; el pelo cano dificultaba el cálculo. El otro, un joven centroamericano o sudamericano, por su color de piel. Decidió que él tenía que ser Wilson.

Se presentó como Martín, compañero de Marcelo y Jonathan, tío y sobrino enchironados en su pabellón. Marcelo, por veteranía, era el que mandaba, pero era Jonathan quien mejor estaba adaptado a los nuevos tiempos y quien tenía amigos mercheros, como ellos, pero también gitanos, colombianos, dominicanos, rumanos y marroquíes. Cada uno por su cuenta, sí, pero todos



conectados por el mercado negro y los favores mutuos. Y Wilson era uno de esos colegas que hacían que el negocio de los merche-ros siguiera rindiendo.

El camarero mantuvo la pose chulesca, de seguridad, dando a entender a Martín que estaba sobre aviso. Que sabía quién era el Papamoscas y que lo único que tenía que hacer era entregarle una dirección, un par de nombres y dos fotos impresas sacadas de una red social.

Para cubrir las apariencias pidió un vino tinto.

—¿Ribera o rioja?

—Ribera. Siempre ribera —ladró Martín.

Decidió saborearlo y recrearse con su astringencia. Cuando tuvo la boca como un estropajo recapacitó sobre lo que estaba a punto de comenzar. A la mierda los cuentos de reinserción. Él siempre había sabido cuál era su lugar y había sido muy consciente de su destino. Y, en la cárcel, una vez que se percató de que saldría de ella con más de medio siglo de vida, se convenció de que su futuro pasaba por labrarse contactos en el talego que le facilitarían el camino fuera. Necesitaba pasta porque lo de trabajar quedaba descartado. Y con dinero, pensó, podría practicar el *carpe diem* de los renacentistas y de los jóvenes ingenuos, porque no tardaría en quebrantar la condicional. Eso si no salía algo realmente mal y le cargaban el mochuelo de cualquier delito. De cualquiera, porque no pensaba hacer ascos a ninguna oportunidad que llevara asociada unos cuantos billetes. No era joven y la resolución más pragmática que había encontrado durante los años de internamiento era que debía apurarse a vivir la vida antes de que un traicionero cáncer lo postrara y le machacara sus últimos días.

Con el papel en el bolsillo, doblado con cuidado para no estropear las fotos de sus víctimas, no fuera a ser necesario echarles un vistazo para reconocer a los tipejos, de camino a casa le llamó la atención la madera de otro bar. Miró por la puerta y lo vio lleno de parroquianos. En esa misma calle se percató de que estaba la oficina de empleo. Se dijo que no pasaría nada por acercarse por

ahí en otro momento, rellenar el currículum y dejar que los empleados de turno pensarán que tenía verdaderas ganas de trabajar para otro. Él era un emprendedor a su manera. Pero sopesó que eso podría contentar al juez de vigilancia penitenciaria. Y quedaba al lado de un bar con buenos precios y unos huevos fritos fabulosos para sobrellevar la cola del paro.